

Santísima Trinidad (7 de junio de 2020)

“Dios es compasivo y misericordioso” (Ex 34.6)

7 de junio de 2020

Homilía de Mons.Mario Yamanouchi Michiaki

Obispo de la diócesis de Saitama

Fiestas litúrgicas del mes de junio

Todos los años, después del domingo de Pentecostés, celebramos el domingo de la Santísima Trinidad y luego el de “Corpus Christi”. Y el viernes, después de esta fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo, tenemos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Además, el 13 de junio es la memoria de San Antonio de Padua, patrono de la Iglesia de Nikko (prelatura de Tochigi). El año pasado elegimos el último domingo de junio para celebrar su fiesta. Así que sábado por la noche, comenzamos con una larga vigilia de oración y escucha de la Palabra de Dios, con más de cien participantes, casi la mitad eran jóvenes venidos de diversos lugares de nuestra diócesis de Saitama. Luego, los jóvenes y los participantes compartieron una cena muy cordial con su Obispo.

Al día siguiente, en medio de una lluvia torrencial, celebramos la Misa internacional, con más de 200 personas venidas de diversos lugares de la diócesis de Saitama como también algunas personas de Tokyo. Para muchos, gracias a San Antonio, que nos convocó en Nikko, pudimos conocernos más entre nosotros y ver que, si en varias parroquias más, celebrasen las fiestas patronales convocando a los jóvenes, podríamos hacer realidad el lema episcopal : “Que lleguemos a ser en Cristo un sólo espíritu y un sólo cuerpo”.

En junio, está también la fiesta del nacimiento de San Juan Bautista, el día 24 y la fiesta de los grandes pilares del cristianismo, San Pedro y San Pablo, que tradicionalmente se conoce como el día del Papa. Es el mes que los cristianos brasileños festejan a sus santos, llamándolo “Mes de junio”(Festa Junina).

También, muchas personas, más allá de nuestra diócesis que, hacen de su vida de fe como una peregrinación a los lugares santos, esperan que hayan invitaciones para participar en las fiestas patronales de algunas iglesias y vivir la catolicidad de nuestra fe enraizada en nuestras parroquias.

Meditación sobre las tres lecturas de hoy

La Biblia nos revela en una palabra quién es Dios: “Dios es amor” (1 Jn 4,8). De las lecturas de hoy podemos obtener, de alguna manera, un perfil o rostro de Dios, es decir, cómo actúa Dios en medio de la historia humana.

La lectura del Éxodo lo revela como un Dios "compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en clemencia y lealtad" (Ex 34,6); y esto, inmediatamente después del episodio de adoración al becerro de oro (Ex 32). Como queriendo contrastar la infidelidad del Pueblo y la fidelidad de Dios. El Dios del éxodo, es el Dios que acompaña a su pueblo en una historia de liberación, una historia de escape de la opresión de Egipto y de los acontecimientos que se ocurren a lo largo de la travesía del desierto (las plagas, Cruce del Mar Rojo, entrega de las tablas de los diez mandamientos, etc) . Es decir, en la medida que leemos el Antiguo Testamento, podemos descubrir a través de los acontecimientos que se narran, el modo de actuar de Dios en la historia. También en el Nuevo Testamento, tanto en las curaciones y en las demás acciones de Jesús, como en los relatos de los Hechos de los Apóstoles y en los demás libros, descubrimos el modo cómo Dios actúa en medio de las comunidades.

La religión israelita-cristiana, el judeocristianismo, se ha encontrado a sí mismo vibrando su sintonía con un Dios de la historia. Lo podemos ver claramente en el hecho de que el credo de

Israel y el de la Iglesia –sus textos oficiales de confesión de la fe– se definen como credos “históricos”; esos credos, efectivamente, son de hecho una historia, un relato, una narración de las acciones de Dios que su pueblo ha creído palpar en la historia. Por eso, si dejamos de lado la historia, no sería el Dios que nos revela la Biblia, es decir, un Dios desentendido de la historia no sería el Dios de los cristianos que tanto nos inculcó Jesús.

Así también, nosotros debemos leer nuestras vidas, descubrir la mano de Dios que nos ha guiado y acompañado hasta hoy. A pesar de mis equivocaciones, pecados y alejamiento de la Iglesia: leyendo, sobre todo, los momentos más difíciles de mi vida, me doy cuenta de que Dios, nunca me ha abandonado, pero siempre ha respetado mi libertad.

De Pablo, leemos hoy unos cortos versículos que, curiosamente semejan una concepción trinitaria de Dios, cuando sabemos que ésta fue una elaboración muy tardía, muy posterior a Pablo. Pero la intuición de Pablo adelanta caminos, así saluda Pablo a la asamblea reunida en oración: *"la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con ustedes"* (2 Cor 13,13). Esta doctrina quedó definitivamente afirmada en la Iglesia recién en el año 381 en el tercer Concilio Ecuménico llamado el concilio de Calcedonia, celebrado en Constantinopla (la actual Estambul).

El evangelio de hoy, tomado de Juan, subraya que Dios es amor: *"tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único"* (3,16). Y así en Jesús, se manifestó el gran amor de Dios hacia nosotros, sobre todo, con su muerte de Jesús en la cruz para nuestra salvación.

El lema del Papa Francisco

El Papa Francisco desde el inicio de su pontificado nos insiste de que Dios es misericordioso. Así, después de ser elegido Papa, el 14 de marzo de 2013, a los cuatro días adoptó en su escudo papal el lema que usó desde su consagración episcopal en Buenos Aires (1991) que está en latín: "Miserando atque eligendo" (Lo miró con misericordia y lo eligió). Que lo podemos encontrar en el relato de la llamada que Jesús hace a Mateo: "Vió Jesús a un publicano sentado junto a la mesa de recaudación de los impuestos y le dice: Sígueme" (Mt 9,9). El Papa, de algún modo, se siente identificado con este pasaje de la vocación de Mateo: así cómo el Señor miró a Mateo con sentimiento de amor y lo eligió como uno de sus discípulos.

Recuerdo que el 8 de diciembre de 2015, en mi cumpleaños estuve en la misa de la plaza San Pedro con varios compañeros salesianos en medio de una fina llovizna. Y también en la tarde del día 12, en la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, pude estar en la Basílica de San Pedro. Después de la misa, pude ver el gran pesebre de Navidad adornada en la entrada de la Plaza San Pedro. Me llamó la atención ese pesebre porque al lado había una casa del mismo tamaño con las estatuas del Buen Samaritano y el hombre caído y herido en manos de ladrones. Yo comprendí lo que el Papa quería transmitirnos en esa Navidad: así como los pastores y los Reyes Magos estaban adorando al Niño Jesús, cuidado por sus padres, José y María. Nosotros, si queremos adorar de verdad a Jesús, tenemos que tener los sentimientos y las actitudes del Buen Samaritano. Que no habrá Navidad ni verdadero nacimiento de Dios en nuestros corazones si no nos convertimos en buenos samaritanos.

Así de claro era lo que el Papa Francisco nos quiso decir al inicio del Año de la Misericordia (del 8 de diciembre de 2015 al 20 de noviembre de 2016) y todo lo que está haciendo como Papa, siempre está presente en sus gestos y palabras de que Dios es rico en misericordia.

Que cuando celebremos cada año el domingo de la Santísima Trinidad, volvamos a recordar de que Dios es amor, por eso es misericordioso con todos nosotros, débiles y pecadores, que

nunca nos abandona en medio de las crisis, que siempre nos abre un camino para que sigamos adelante.

Terminemos haciendo juntos la señal de la Cruz: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén."